
“Homo Deus. Una breve historia del mañana”

Yuval Noah Harari

Vintage (Penguin), Londres, 2016, 513 págs.

José María López Jiménez

En el número 20 de eXtoikos comentamos “Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad”, cerrando nuestra reseña con un apunte al futuro análisis de “Homo Deus”, compromiso al que damos cumplimiento en este número 21.

La realidad es que cada libro de Harari (tras “Homo Deus” ha publicado “21 lecciones para el siglo XXI”) se convierte en un acontecimiento mundial por su capacidad para anticipar lo que podría ser el futuro.

El inicio de la lectura de “Homo Deus” es un tanto desalentador, pues parece ser una mera prolongación de “Homo Sapiens”, que incluso reitera lo ya presentado en esta última obra, como, por ejemplo, la capacidad humana para trabajar coordinadamente y superar retos que no se podrían afrontar por los individuos de forma aislada, o la habilidad para crear y compartir abstracciones y símbolos como las corporaciones, el dinero, el Estado o las diversas religiones. Sin embargo, a medida que se avanza en la lectura de “Homo Deus”, las brumas van desapareciendo y los nuevos argumentos de Harari atrayendo nuestra atención.

El libro que analizamos, según su autor, “es una predicción histórica, no un manifiesto político”, que, en esencia, trata de mostrar que la economía del futuro, la sociedad y la política quedarán condicionados por el intento de burlar a la muerte, de lo que no se debe desprender que en el año 2100 todos los humanos sean inmortales. “Homo Deus” no es una profecía sino una propuesta para discutir nuestras posibles elecciones, “una invitación para cambiar el futuro”.

Afrontamos, sin embargo, lo que Harari llama la “paradoja del conocimiento histórico”, que limita nuestro margen de actuación y de elección futura: cuantos más datos obran en nuestro poder y mejor entendemos la Historia, esta altera su curso con mayor celeridad, y el conocimiento deviene obsoleto más rápido. Nuestro mundo basado en el conocimiento conduce a veloces cambios económicos, sociales y políticos; en un intento de entender qué está ocurriendo, aceleramos la acumulación de saber, lo que lleva a potenciales y mayores convulsiones de todo orden.

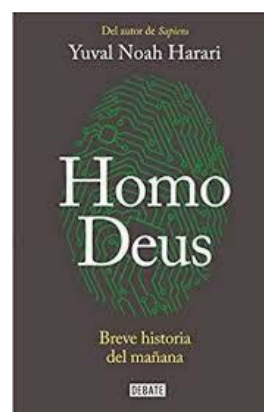
Las hambrunas, las plagas y las guerras, como tradicionales azotes de la humanidad que han traído muerte, epidemias y violencia, están prácticamente erradicadas en el inicio del siglo XXI. Hoy día, mueren más personas por comer demasiado que por no comer, por haber alcanzado la senectud que por padecer enfermedades infecciosas, o por cometer suicidio antes que por resultar asesinadas por soldados o terroristas.

Estos grandes logros de la humanidad, que no se pueden negar ni por los más pesimistas y agoreros, nos deben incentivar para desarrollar mayores esfuerzos en el futuro y superar otros retos.

¿Cuáles son, por tanto, las nuevas prioridades en la agenda del ser humano? El proyecto central consistirá en proteger a la humanidad y al planeta de los peligros inherentes al propio poder acumulado por el ser humano. Si ya no hay hambrunas, plagas y guerras ello se debe al crecimiento económico, que nos provee de abundante comida, medicina, energía y materias primas.

Sin embargo, este desarrollo altera el equilibrio ecológico del planeta de multitud de maneras, de lo que nos acabamos de percatar como especie. Si cada persona en el mundo quisiera vivir conforme a los estándares de vida del ciudadano medio norteamericano necesitaríamos varios planetas como la Tierra.

El colapso ecológico llevaría a la ruina económica, al desorden político y a la caída de los elevados estándares de vida, y amenazaría la propia existencia humana sobre el planeta.



Podríamos minimizar los riesgos ralentizando el ritmo de progreso, pero, lamentablemente, según Harari, cuando los políticos, los consejeros delegados de las corporaciones y los votantes han de elegir, optan por el crecimiento económico antes que por la estabilidad ecológica.

Los humanos raramente nos sentimos satisfechos con nuestros logros, y siempre queremos más... No parece que esté cercano el día en el que los científicos, los inversores, los banqueros y los presidentes de gobierno se dediquen, simplemente, a escribir poesía, afirma nuestro autor con ironía.

Por ello, el margen para el error es cada vez más estrecho, y tendremos que inventar innovaciones para reconducir la situación no una vez cada cien años, como hasta el momento, sino una vez cada dos años...

Además de la lucha por cohesión el crecimiento económico con la estabilidad ecológica, los otros asuntos prioritarios de la agenda humana serán la inmortalidad, la felicidad y la divinidad.

En cuanto a la inmortalidad, en el siglo XXI presenciaremos grandes avances. Las religiones mayoritarias han gestionado los conceptos de la muerte y de la inmortalidad desde sus mismos orígenes, impidiendo a la ciencia abrirse camino. Harari nos plantea que reflexionemos sobre un cristianismo, un islam o un hinduismo sin muerte, es decir, sobre un mundo sin cielo, infierno o reencarnación: sus planteamientos serían radicalmente diferentes a los que conocemos.

La ciencia moderna y la nueva cultura predominante ofrecen una visión distinta de la vida y de la muerte. En síntesis, la muerte, como todo “problema técnico”, puede tener una solución técnica. Hay quien afirma que este momento podría llegar en el año 2200, aunque los más optimistas señalan al 2050. Esta inmortalidad será relativa, pues los futuros “superhumanos” podrán neutralizar el paso del tiempo y el envejecimiento pero no podrán superar la muerte originada en la guerra o en un accidente, que serían irreversibles.

Si en el siglo XX se ha casi doblado la esperanza de vida de los 40 años a los 70, quizás en el siglo XXI seamos capaces de doblarla de nuevo para alcanzar los 150 años, lo que revolucionará nuestras sociedades y planteará retos en cuanto a la estructura familiar, el matrimonio, las relaciones entre padres e hijos, la solidaridad entre generaciones... Tanto los propietarios y gestores de las compañías de seguros, de los fondos de pensiones o de los sistemas de salud como los ministros

de finanzas vivirán espantados, por las consecuencias de este previsible salto en la esperanza de vida.

Este prometedor mercado de la eterna juventud tendrá que ser compatible con la superación de la muerte como hecho que ha impulsado durante miles de años la percepción humana del arte, la política o la religión.

El segundo reto será el establecimiento de nuevos caminos para encontrar la felicidad. Hasta el momento, los países han medido su éxito por el aumento de su territorio, de su población o de su economía, pero no por la felicidad de sus ciudadanos. Para Harari, los Estados del Bienestar se crearon, de hecho, para atender los intereses de cada nación antes que las necesidades de los individuos. El “derecho a perseguir la felicidad” plasmado en la Constitución de los Estados Unidos se ha convertido, con el paso de los años, en el “derecho a la felicidad”.

A pesar de los grandes avances materiales y de la prosperidad de las sociedades modernas, el índice de suicidios es mucho mayor en ellas que en las sociedades más tradicionales y menos desarrolladas. El bienestar material parece llevar, contradictoriamente, a la insatisfacción y al aburrimiento, lo que es consecuencia de la evolución y de nuestro sistema bioquímico, que se ha adaptado a lo largo de los años para incrementar nuestras oportunidades de supervivencia y de reproducción, no nuestra felicidad.

Quizás haya llegado el día en el que ese cosquilleo que nos anima a seguir avanzando no lo encontremos en la victoria, en los romances, en las pantallas que muestran el índice Dow Jones, con sus subidas y bajadas, en el crecimiento económico, en escribir o en leer un libro, en las reformas sociales o en las revoluciones políticas, sino en la manipulación de la bioquímica humana.

Harari lo ilustra con ejemplos que nos parecen escalofriantes: en 2011, 3,5 millones de niños norteamericanos tomaban medicación para neutralizar su déficit de atención e hiperactividad; el 12% de los soldados norteamericanos en Irak y el 17% de los desplegados en Afganistán tomaron píldoras para dormir o antidepresivas para superar la presión y la tensión de la guerra, pues el temor, la depresión y los traumas no se originan por misiles, coches bombas y cuerpos despedazados, sino por hormonas y por neurotransmisores...

La manipulación genética que nos llevará a superar temores y a alcanzar la felicidad y un estado de placer permanente requerirá cambiar nuestra bioquímica y rediseñar nuestros cuerpos y mentes.

El tercer asunto de la nueva agenda será, como hemos adelantado, la inmortalidad, lo que implicará dar un paso más para aproximarnos a la condición de dioses. Los defensores de un capitalismo basado en el crecimiento constante e indefinido verán con buenos ojos esta búsqueda.

Este tránsito en vida de meros mortales a dioses se afrontará desde tres ángulos: la ingeniería biológica (cambios en el ADN, en el sistema hormonal o en la estructura cerebral), el diseño de cïborgs (esto es, la unión de lo orgánico con dispositivos no orgánicos tales como ojos o manos artificiales o “nanorobots” que naveguen por nuestro flujo sanguíneo diagnosticando y reparando daños) y el de seres no orgánicos, que podrían ayudar, liberados de las servidumbres biológicas de la vida, a colonizar otros planetas.

Pero no hay que alarmarse, al menos, por el momento... Los “Sapiens” ya hemos emprendido, paulatinamente, el camino para convertirnos en esta nueva especie, fusionándonos con los robots y con las máquinas (pensemos en el uso que hacemos a diario de los teléfonos inteligentes), hasta que llegue un día en el que nuestros descendientes miren hacia atrás y se den cuenta de que conservan poco del animal que escribió la Biblia, construyó la Gran Muralla china o se rio con las bromas de Charles Chaplin. Iremos cambiando hasta que nos convirtamos, imperceptiblemente, en el nuevo “Homo Deus”.

Harari aporta un argumento que nos induce a reflexionar: durante miles de años de evolución, el ser humano, a pesar de los cambios tecnológicos, económicos, sociales, religiosos y políticos, ha permanecido, en sí mismo, invariable. Por ello, nos podemos identificar sin dificultad con lo relatado en la Biblia, en los textos del confucianismo o en las tragedias de Esquilo, Sófocles o Eurípides, que fueron escritos por personas como nosotros, con conflictos emocionales similares a los que todavía nos afectan. Este “continuum” se romperá una vez que el “Homo Sapiens” se convierta en “Homo Deus”, y entraremos en un terreno absolutamente ignoto, inimaginable e impredecible...

Al comienzo de este comentario nos referimos a algunas de las ficciones que permiten al “Homo Sapiens” compartir determinados valores y actuar coordinadamente. Harari cree que en el siglo XXI se presenciara, como en ningún otro momento de la Historia, la eclosión de nuevas y poderosas ficciones y de “religiones totalitarias” (hay que recordar que este autor incluye entre las religiones al liberalismo, al comunismo, al capitalismo, al nacionalismo o al nazismo, por ejemplo, con sus respectivos valores y visión de la vida y del universo). Con la ayuda de la biotecnología y de los

algoritmos informáticos estas religiones no solo controlarán cada minuto de la existencia, sino que adaptarán nuestros cuerpos, cerebros y mentes, y establecerán mundos virtuales con sus respectivos cielos e infiernos. Por ello, distinguir la ficción de la realidad y la religión de la ciencia será más difícil y necesario que nunca.

Sí se puede anticipar que el “Homo Deus” tendrá enormes poderes de creación y de destrucción. Ciertas habilidades tradicionales que durante milenios se consideraron divinas serán en el futuro un lugar común, aunque todavía no sepamos específicamente de cuáles se trata. Ahora bien, Harari cree que estos nuevos seres divinos serán más parecidos a los dioses griegos o hindúes que al omnipotente “Padre bíblico”. Los nuevos “Zeus” también padecerán debilidades y tendrán limitaciones, pero podrán amar, odiar, crear y destruir en una escala mucho mayor que los simples mortales.

Como siempre ha ocurrido, los primeros que se beneficiarán del nuevo estatus serán los más poderosos, cuya agenda es diferente de la propia de millones de personas que seguirán padeciendo las hambrunas, las plagas y las guerras.

Harari plantea una cuestión inquietante: ¿cómo tratarán el “Homo Deus”, en esta fase inicial que no cabe descartar que se prolongue indefinidamente, y los entes dotados de inteligencia artificial, a los humanos de carne y hueso? Para ello, toma como referencia el modo en el que los “Sapiens” tratamos a los animales: como seres de segunda categoría que pueden ser explotados o aniquilados, a pesar de tener en común con los “Sapiens” mucho más de lo que estos piensan (y de disponer del sustrato neurológico que permite el desarrollo de alguna forma de conciencia, según la Declaración de Cambridge sobre la Conciencia, de 2012).

Lo anterior nos lleva a plantearnos si los seres humanos estamos dotados de una “chispa mágica”, de un alma, que nos hace especiales y nos diferencia de los demás animales y de las “máquinas inteligentes” que están por venir, es decir, si, como se afirmó en el Renacimiento, todavía seguimos siendo el centro de un Universo que se nos ofrece en toda su infinitud, o, al contrario, somos poco más que insignificantes, y la idea de que somos parte de una “plan cósmico” ideado por una fuerza superior es una quimera.

Con la “Revolución Humanista” Harari alude al pacto social asociado a la nueva realidad del siglo XXI, basado en la renuncia del ser humano del “plan cósmico” que ha venido confiriendo sentido a su vida durante los últimos milenios. La “muerte de Dios” no llevará en esta ocasión al colapso social. El fundamento del orden político,

social y económico, y de sus valores éticos y estéticos, se podrá hallar en los sentimientos humanos, sin necesidad de recurrir a fuerzas sobrenaturales.

El arranque de este pacto social se puede anclar en el Humanismo, que durante 300 años se ha ido abriendo camino poco a poco, gracias a la obra de diversos escritores, pensadores, artistas y políticos.

El Humanismo se dividió en tres ramas: el liberalismo, que puso el énfasis en la libertad; el socialismo, que impulsó los movimientos socialistas y comunistas; y el humanismo evolucionario, que sirvió de base al nazismo y postuló la preeminencia de los “superhumanos”.

Harari se adentra en este punto en un terreno controvertido y resbaladizo cuando escribe que “Del mismo modo en que los gulags de Stalin no invalidan automáticamente cada idea y argumento socialista, los horrores del nazismo no deberían cegar las perspectivas que el humanismo evolucionario podría ofrecer [...]”. El humanismo evolucionario jugó un importante papel en la formación de la cultura moderna, y es probable que desempeñe un rol incluso mayor en el siglo XXI”. Volveremos sobre ello más adelante.

En el año 2016 (año de publicación de “Homo Deus”) no hay una alternativa seria al liberalismo (con sus cuatro ingredientes esenciales: el individualismo, los derechos humanos, la democracia y el libre mercado), que derrotó a la rama evolucionaria más extrema (el nazismo) con el apoyo del comunismo soviético, aunque este se extinguió a finales del siglo XX de modo súbito e inesperado.

La preeminencia de la biotecnología y de los algoritmos será inevitable en el siglo XXI, aunque, cuando revelen todo su potencial, el liberalismo, la democracia y los mercados, como máximos exponentes de la libertad de elección de los ciudadanos-consumidores, podrían convertirse en una realidad tan obsoleta como los casetes o el propio comunismo. “El liberalismo colapsará el día en el que el sistema me conozca mejor de lo que yo me conozco a mí mismo”, aventura Harari.

El desarrollo tecnológico podría provocar que, en el siglo XXI, una gran parte de la población perdiera su valor político, militar y económico. La idea de que los humanos siempre tendrán una habilidad más allá del alcance de los algoritmos no conscientes es tan solo una ilusión (“wishful thinking”); Harari pone como ejemplos la derrota en el ajedrez de Gary Kasparov frente a la computadora “Deep Blue”, en 1996, o la de Lee Sedol (campeón surcoreano del juego oriental “Go”, mucho más complejo que el ajedrez) frente al “software” de Google llamado “AlphaGo”, en 2016.

La concentración de poder en las manos de las corporaciones que sean propietarias de los algoritmos, y de sus gestores, será el siguiente paso, lo que generará una enorme desigualdad social y política. Pero todavía más sorprendente será que los algoritmos se conviertan en los propietarios de estas compañías. Quién sabe si en el futuro más inmediato se podría atribuir personalidad jurídica a los algoritmos, como se le confiere, desde hace décadas, a ciertos entes que son titulares de derechos y deberes.

Harari afirma que “podríamos terminar con una clase superior de algoritmos como propietarios de una gran parte del planeta”. Cuando Google o Facebook decidan por nosotros, bien podrían convertirse en “soberanos” en sentido político, y la desconexión del sistema, como posible medida preventiva en beneficio de la población, no ser posible.

Los propietarios, los gestores y los gurús de las tecnologías serán los profetas de la nueva “tecnoreligión”, y nos prometerán felicidad, paz, prosperidad y también vida eterna, sin necesidad de creer en seres celestiales. Esta “tecnoreligión” se dividirá en el “tecnohumanismo” y en la “religión del dato”.

El “tecnohumanismo” partirá de la superación del “Homo Sapiens” para llegar a un modelo humano muy superior, el “Homo Deus”, que retendrá algunas características humanas, pero que se actualizará, como se ha señalado anteriormente, con capacidades físicas y mentales que le facultarán para enfrentarse a los más sofisticados algoritmos no conscientes pero inteligentes.

Este concepto del “Homo Deus” es una variante del humanismo evolucionario; si Hitler planeó crear “superhumanos” a través de la selección genética y de la limpieza étnica, el “tecnohumanismo” del siglo XXI tratará de alcanzar ese objetivo más pacíficamente, con la ayuda de la ingeniería genética, la nanotecnología y los “interfaces cerebro-computadora”.

El proceso es complejo y no estará exento de riesgos, porque, realmente, sabemos poco de la conciencia y de cómo emerge, además de que podría ser que del proceso surja una persona empobrecida, con habilidades mentales disminuidas, como ocurrió, salvando las distancias, con los animales que, en la Revolución Agrícola, fueron domesticados por los “Sapiens”.

En cuanto a la “religión del dato”, conforme a sus postulados resulta que la Quinta Sinfonía de Beethoven, una burbuja en el mercado de valores o el virus de la gripe revelan patrones del flujo de datos, que se pueden analizar con una misma metodología y herramientas.

La acumulación de los datos, su tratamiento y el hallazgo de pautas de comportamiento (“big data”) provocarán que venerables instituciones como las elecciones, los partidos políticos y los parlamentos se conviertan en antiguallas por su dificultad para procesar datos suficiente y adecuadamente. Los gobiernos se convertirán en meros gestores, pero no dirigirán el timón de los respectivos países.

Al igual que los defensores del liberalismo creen en la “mano invisible” que rige los mercados, en el credo de los seguidores de la “religión del dato” (“dataists”) destacará la “mano invisible” del flujo de datos.

Deberíamos dejar de atribuir tanta importancia a los sentimientos, que han regido la vida de las personas desde hace miles de años, y dejarnos llevar por los algoritmos externos en manos de las grandes corporaciones tecnológicas, que saben de nosotros mucho más de lo que podemos imaginar.

Este libro de Harari inquieta, sin duda, pero su objetivo, como mencionamos páginas atrás, es despertar la reflexión y el debate, para que el futuro siga siendo luminoso y no una terrible pesadilla.